

MAGALÍ PEREIRA SIERRA - AUDEPP

II CONCURSO DE ESTUDIANTES “DR JORGE ROSA” – VI CONGRESO FLAPPSIP
MAYO 2011 Buenos Aires

“Feliz aquél a quien la hora de la verdad le llega antes
que le llegue la hora de la muerte”,
proverbio.

INTRODUCCION

Ya enfermo de tuberculosis, Franz Kafka escribe una carta a su padre, que se titula “Carta al padre”. Se trata de una muy extensa carta dirigida a Herrmann Kafka, padre del autor pero que, se cree, éste jamás llegaría a leer. Las últimas palabras ahí consignadas dicen: “...gracias a las enmiendas que surgen de esta confesión,...se ha logrado, a mi parecer, algo tan próximo a la verdad, que podrá tranquilizarnos un poco a los dos y hacernos más fáciles la vida y la muerte. Franz” (Kafka, 1919).

El legado de Franz Kafka ha sido muy rico, prolífico y ha dejado marca en nuestra cultura, se trata de un autor de resonancia universal. Las vicisitudes de su vida y obra, se han hecho presentes en mí innumerables veces cuando intento adentrarme en el alma humana. Pero particularmente me interesa, en esta oportunidad, analizar algo respecto a la conformación y características de su superyó, casi como si de un analizando se tratara.

Un texto kafkiano muy valioso, plagado de sentidos, se encuentra dentro del capítulo nueve de su novela “El Proceso”. Allí, un sacerdote relata al protagonista la leyenda del “hombre del campo”, hombre sencillo que intenta infructuosamente entrar en el edificio donde mora la Ley.

“Ante la Ley” (ver apéndice) es un texto que provoca muy diversos sentimientos. Particularmente al leerlo he sentido respecto al personaje desde la empatía impotente hasta la rebeldía absoluta pero, eso sí, salteando todos los matices posibles del espectro sensible. Esto

me ha llevado a preguntar qué habría pasado si el hombre del campo hubiera hecho algo diferente que quedar aguardando la arbitraria decisión que lo habilitara a trasvasar la puerta. ¿Habría podido? ¿Cómo? ¿Cuál es el mensaje? ¿Hay esperanza? El cambio psíquico, la modificación del superyó en este caso, ¿es posible? ¿Bajo qué circunstancias?

Quien ha leído “Carta al padre” entiende empáticamente al autor. Allí nos habla de su soledad, del enclaustramiento impotente, de su dolor permanente y su queja infinita, nos habla de sus relaciones familiares y especialmente del vínculo con su padre. Desde mi lugar de terapeuta me pregunto cómo habría podido ayudarlo en un hipotético encuentro terapéutico con Franz.

Pensando en los aportes de H. Bleichmar, en el tinte esperanzador de su concepción psicoanalítica, tal vez algo del cambio psíquico se hubiera logrado, ya que su teoría de la cura considera a las estructuras psíquicas pasibles de modificación en la interacción con el otro, ¿qué hubiera pasado si alguien lo hubiese ayudado? Franz, vivió hasta los 42 años prácticamente enclaustrado e inmovilizado en los alrededores de la plaza de Praga. Allí vivió, estudió y trabajó, dentro de un clima monótono y agobiado por el cercano influjo familiar enmarcado en un particular contexto socio-político. No pudo casarse y formar una familia, aunque lo intentó. Según Franz, solo su padre tenía ciertos derechos, sus mandamientos eran arbitrarios y no aceptaba el amor que su hijo tenía por la literatura, cualidad que lo hizo único entre sus contemporáneos.

Los nuevos paradigmas científicos, los aportes de la Física Cuántica, permiten hoy día pensar la conformación de una estructura de muy diversa manera que antaño. Tanto en las estructuras físico-matemáticas como dentro de las Ciencias Humanas y Sociales la intervención del azar, de lo novedoso y lo epocal, puede modificar un sistema estructural en tanto abierto. Analógicamente, la plaza de Praga como estructura física, tenía salidas y entradas hacia otros lugares, pero nuestro personaje “eligió” quedarse allí, dentro de esa estructura edilicia que encuadraría toda su vida.

Me propongo pensar en la estructura psíquica de este hombre, del autor y del personaje, imbricados en productor y producto, como parte y todo. Pensar en su aquí y ahora y en imaginar una posible nueva marca. Me centraré especialmente en el superyó, su conformación particular y su potencial capacidad de modificación.

DESARROLLO

Como ejercicio clínico adentrarnos en la obra kafkiana, y tomando prestado el símil del proyector de Bleichmar en donde la imagen proyectada “no nos informa acerca de cómo funciona internamente un proyector” (1997, p. 300), permite desentrañar algo del funcionamiento psíquico, partiendo de un legado literario y biográfico que es producto representativo de un funcionar psíquico. Buscaremos acercarnos a su “centro funcional dominante”, a las actividades psíquicas prevalentes, partiendo de las representaciones que Franz produce y que nos transmite prolíficamente a lo largo de sus relatos.

Pienso que podemos considerar como verdaderas “reconstrucciones históricas” los contenidos de su carta al padre y otras confesiones, resultando muchas de ellas a la manera de un autoanálisis, tal como Freud hiciera. De estos múltiples elementos podemos inferir del psiquismo de nuestro personaje, tanto aspectos que dan cuenta del déficit narcisista como del conflicto; pero circunstancialmente nos abocaremos a la comprensión de la estructuración de su superyó que, a mi juicio, funciona predominantemente a la manera que Bleichmar define como un “superyó indiferenciado y sádico”.

Por analogía, el hombre del campo de “Ante la Ley”, es Franz Kafka. Su Deseo, deseo de entrar en La Ley, fue literalmente tronchado bajo amenaza. La razón, es un misterio, simplemente la orden era: no te es lícito entrar. La potencialidad de ser un Ser Deseante a Franz no le es legitimado, por estar preso en el deseo arbitrario de otro más poderoso. Parafraseando a Bleichmar, la mirada hostil de las personas significativas para el niño, por “el placer de odiar”, precederá a las representaciones que él irá construyendo de sí mismo y del mundo circundante, teñidas básicamente de terror. Respecto a las condiciones de conformación de un superyó indiferenciado, nuestro referente teórico afirma: “No hay norma que preceda al juicio condenatorio sino que existe un ser, el niño, que queda investido del rechazo aterrador” (Bleichmar; 1997, p. 278). Ejemplificando esa frase, Franz escribiría en Carta al Padre:

“... de ahí que el mundo se dividiese para mí en tres partes; en la primera vivía yo, el esclavo, bajo unas leyes creadas exclusivamente para mí y a las que, por añadidura, sin saber por qué, nunca podía obedecer del todo; luego, en un segundo mundo, a una distancia infinita del mío, vivías tú, ocupado en el gobierno, en dar órdenes y en enfurecerte

cuando no eran cumplidas, y finalmente había un tercer mundo donde vivía el resto de la gente, felices y libres de órdenes y de obediencias” (Llovet; 1988, citado en Barjau; 1997, p. 8).

Franz debió asumir una complicidad fusional para poder tolerar mejor el vínculo con su padre, no perderlo como objeto de identificación, concibiéndose él mismo como merecedor de tal castigo eterno. Posiblemente, encontró así la única salida posible para controlar el terror vivenciado, que dejó como secuela la actividad de un superyó indiferenciado y sádico. En un psicoanálisis, Bleichmar trabajaría con mucho cuidado el proceso de desidentificación con esa figura paterna aterrizante, historizando y favoreciendo la subjetivación y así: “Lograr un vínculo del sujeto consigo mismo en que predomine la aceptación del ser por el hecho de existir por encima de la aceptación porque cumpla escrupulosamente todas las normas e ideales con que se mide” (1997, p. 297). El “punto básico” para que el superyó pueda ser modificado en un proceso analítico, es que la “verdad eterna” pueda ser relativizada bajo la luz de la “verdad histórica”, cuando se pueda construir una nueva verdad, que permita conocer el origen y el mecanismo o desarrollo de esos mandatos superyoicos y sádicos.

Pero para encarar un trabajo de modificación del superyó y de desidentificación, para Bleichmar es indispensable propender a la elaboración de las angustias persecutorias y narcisistas, que inevitablemente lo acompañan, así como analizar los sentimientos de culpa. El superyó persigue desde adentro y produce angustia, según la concepción más difundida, pero es también y simultáneamente, una estructura que defiende contra la angustia, especialmente la persecutoria, autoimponiéndose la norma para no ser, como consecuencia, castigado por el objeto externo. Franz tiene múltiples temores ante los demás, se siente acechado e incomprendido. Así mismo, sus vivencias de inferioridad, de baja autoestima, de vergüenza, dan cuenta de sus intensas angustias narcisistas: “...Vivía continuamente avergonzado...” (Llovet; 1988, citado en Barjau; 1997, p. 8).

¿Y si en el cuento hubiera entrado otro sujeto queriendo simultáneamente traspasar la misma puerta que nuestro hombre de campo? ¿Y si éste segundo hombre, con otra “creencia matriz”, le hubiera hecho la pregunta al guardián, frente a nuestro hombrecito, mucho antes que les adviniera la muerte? Tal vez el desenlace hubiera sido otro al entrar en cuestionamiento esa “verdad eterna” y una nueva marca podría haberse instaurado. Dado que esa puerta está

hecha a la medida de cada hombre, ¿cuál es la verdadera razón de tanto padecer expectante e impotente? Desde el sadismo del superyó, el yo está identificado con éste, entonces se auto infringe padecer y castigo porque se representa como sujeto malo, “inmundo”. Franz nunca logró superar las matrices pasionales construidas, “prefería” enclaustrarse bajo un sótano para Ser, sentirse vivo y, al mismo tiempo, protegido de los otros y de sí mismo. Un cambio psíquico liberador, que echara luz sobre su verdad, no le fue posible; bajo estas condiciones: ¿hubiera aceptado la ayuda terapéutica?

En el vínculo consigo mismo parece que Franz se zambulle en sus escritos en el sótano, como intento de evitar la repetición de lo traumático: el castigo, la vergüenza. En algún momento, hizo estas declaraciones personales: “...Aquellos a quienes la naturaleza aleja de la sociedad... tampoco necesitan confortación, porque si quieren seguir siendo de verdad sólo pueden alimentarse de sí mismos, de forma que no se les puede ayudar sin hacerles daño”. (citado en Barjau; 1997, p. 6). ¿Podría Franz aceptar la ayuda de “un otro” que, tercerizando, le facilitara cambio psíquico y así salirse del ensimismamiento defensivo? ¿Cuánta angustia persecutoria y narcisista hay en juego?!!!

CONCLUSIONES

Con una carta a su novia, Franz nos conmueve diciendo:

“A menudo he pensado que la mejor vida para mí consistiría en recluirme con una lámpara y lo necesario para escribir en el recinto más profundo de un amplio sótano cerrado. Me traerían la comida desde afuera y la depositarían lejos, tras la puerta más externa del sótano. El ir a buscar esta comida, vestido sólo con una bata, a través de los pasillos del sótano, sería mi único paseo. Luego regresaría junto a mi mesa. Comería lentamente, reflexionando, y de inmediato volvería a escribir. Y qué cosas escribiría entonces! De qué abismos las arrancararía!” (citado en Barjau; 1997, pp. 6;7).

Encerrado en un sótano, en una relación univoca consigo mismo, muy probablemente el cambio no hubiera sido posible y la verdad no se hubiera nunca revelado, ¿cómo desarmar “creencias matrices pasionales” desde la absoluta soledad? La transformación, la posibilidad de crear nuevas marcas, implica necesariamente la dialéctica intersubjetiva de un psiquismo abierto para con los otros, en sociedad, dentro de una cultura y una época. Pero Franz cada vez se encerraba más y más, encontrando en sus escritos una forma de sobre-vivir.

APÉNDICE

Ante La Ley

Ante la Ley hay un guardián. Un hombre del campo se acerca a ese guardián y solicita permiso para entrar en la Ley. Pero el guardián dice que ahora no puede permitirle la entrada. El hombre reflexiona y a continuación pregunta si podrá entrar más tarde.

- Es posible –dice el guardián-, pero ahora no.

Como la puerta de la Ley está abierta como siempre y el guardián se echa a un lado, el hombre se inclina para mirar por la puerta al interior. El guardián, al notar lo, se ríe y dice:

- Si tanto te atrae, procura entrar, a pesar de mi prohibición. Pero ten en cuenta que soy poderoso. Y yo sólo soy el guardián de más baja categoría.

De una sala a otra hay guardianes, el uno más poderoso que el siguiente. Ni siquiera yo puedo soportar la contemplación del tercero.

El hombre de campo no contaba con tales dificultades; la Ley tiene que ser accesible a todos y en todo momento, piensa; pero cuando contempla al guardián con su abrigo de piel, su gran nariz afilada, la barba tártara, larga, rala, negra, decide que prefiere esperar hasta recibir el permiso de entrada. El guardián le da un escabel y le hace sentarse a un lado de la puerta. Allí permanece sentado días y años. Intenta muchas veces que le sea permitido entrar y fatiga al guardián con sus ruegos. El guardián le somete de vez en cuando a breves interrogatorios, le pregunta por su tierra y por muchas otras cosas, pero son preguntas formularias, como las que hacen los grandes señores, y al final le dice una y otra vez que todavía no puede dejarle pasar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, lo emplea todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste lo acepta todo, ciertamente, pero diciendo al mismo tiempo:

- Lo acepto sólo para que no pienses que no lo has intentado todo.

Durante todos esos años, el hombre observa casi ininterrumpidamente al guardián. Se olvida de los otros guardianes, y ese primero le parece el único obstáculo para la entrada en la Ley. Reniega de su mala suerte, en los primeros años sin miramientos y a gritos; más tarde, cuando envejece, sólo rezonga entre dientes. Se vuelve infantil y, como en los largos años que lleva observando al guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas que hay en su cuello de piel, pide a las pulgas que le ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, empieza a fallarle la vista y no sabe si todo oscurece de verdad en torno a él o si sólo le están engañando sus ojos. Pero sí distingue ahora en la oscuridad un resplandor que, indeleble, sale por la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de aquel tiempo, en su cabeza, se condensan en una pregunta que aún no ha dirigido al guardián. Le hace un gesto, puesto que ya no puede erguir el cuerpo, que va quedándose rígido. El guardián tiene que inclinarse mucho hacia él, pues la diferencia de tamaño entre ambos ha cambiado mucho con desventaja para el hombre.

- ¿Qué más quieres saber? –pregunta el guardián-. Eres insaciable.
- Todos aspiran a la Ley –dice el hombre-, ¿cómo es que en tantos años nadie, fuera de mí, ha solicitado entrar?

El guardián se da cuenta de que el hombre está expirando, y para poder ser escuchado todavía por su oído, que se va extinguiendo, le dice a voces:

- Nadie más que tú podía conseguir permiso de entrada por aquí, pues esta puerta estaba reservada para ti. Ahora voy y la cierro.

Franz Kafka

Diciembre 2010

BIBLIOGRAFÍA

-Barjau, E. (1997). Franz Kafka. La metamorfosis y otros relatos. (1ª ed.). Barcelona: Ediciones Vicens Vives.

-Bleichmar, H. (1997). Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas. Barcelona: Paidós.

WEBGRAFIA

-Kafka, F. (1919). Carta al padre. Recuperado: 2007, Octubre. En: <http://www.elaleph.com/>